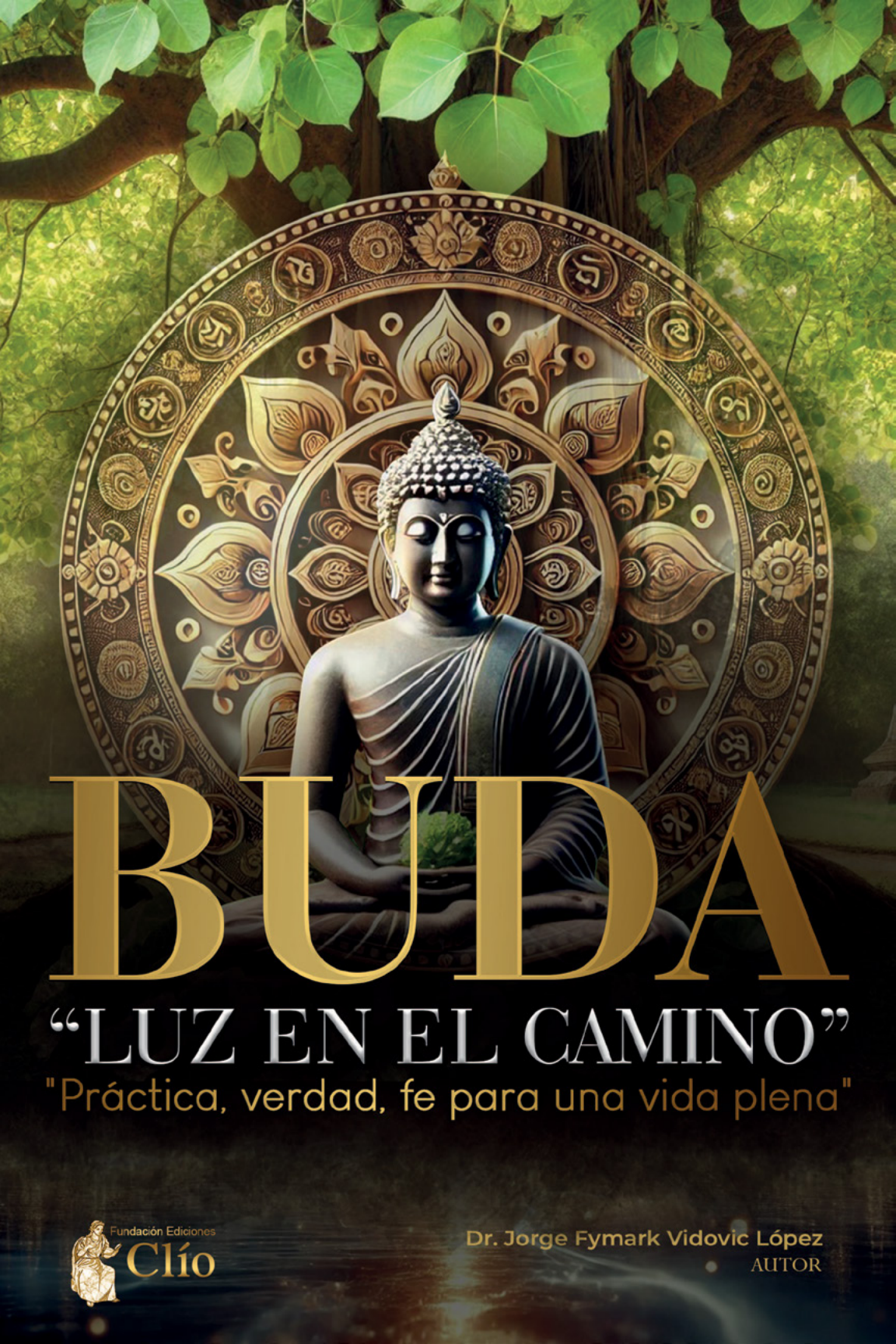




BUDA

“LUZ EN EL CAMINO”

"Práctica, verdad, fe para una vida plena"



Fundación Ediciones

Clío

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
AUTOR

Jorge Fymark Vidovic López

BUDA: LUZ EN EL CAMINO

Práctica, verdad, fe para una vida

Fundación Ediciones Clío

Maracaibo – Venezuela, 2024

El título y de lo que él se desprende forma parte del contenido proporcionado por La Fundación Promotora de Budismo. BUKKYO DENDO KYOKA 3-14, Shiba 4-chome. Como señala la referida fundación: Esta obra o cualquiera de sus partes puede ser libremente citada sin permiso. Minato-ku, Tokyo, Japón, 108-0014. Para este caso; el autor Dr. Jorge Vidovic ha hecho una reinterpretación y la ubicación las fuentes citadas de la mayoría de las palabras de Buda, además de agregar en la mayoría de los casos algunos capítulos y en otros eliminarlos. Esta versión de la obra puede ser verificada mediante el siguiente enlace: <https://zenodo.org/doi/10.5281/zenodo.12762886>

Buda: “Luz en el Camino”. Práctica, verdad y fe para una vida plena.

Jorge Fymark Vidovic López (autor).

@Ediciones Clío



Julio de 2024

Maracaibo, Venezuela

1ra edición

ISBN:

Depósito Legal:

Diseño de portada: Jenibeth Maldonado

Diagramación: Julio César García Delgado

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad del autor.

Buda: “Luz en el Camino”. Práctica, verdad y fe para una vida plena. / Jorge Fymark Vidovic López (autor).

— 1ra edición — Maracaibo (Venezuela) Fundación Ediciones Clío.

106p.; 22,8 cm

ISBN:

1. Buda, 2. Filosofía oriental, 3. Práctica espiritual, 4. Verdad.

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

Buda: Luz en el Camino” invita a explorar la vida, enseñanzas y legado de Siddharta Gautama, conocido como Buda. Desde su nacimiento en Kapilavastu hasta su iluminación bajo el árbol Bodhi y su predicación del Noble Óctuple Sendero, el libro traza su transformación de príncipe a El Iluminado. A través de un análisis histórico, se detalla la expansión del budismo desde la India hasta China y Japón, destacando figuras clave como el rey Asoka y el filósofo Nāgārjuna. La Rueda del Dharma, con sus Ocho Nobles Caminos, es central en la enseñanza de Buda, promoviendo una vida ética, meditación y sabiduría. El libro explora conceptos fundamentales como la impermanencia, el desapego y la purificación del alma, ilustrados a través de fábulas y parábolas que siguen siendo relevantes hoy. También aborda la naturaleza trascendental de Buda, sus manifestaciones y la aplicación práctica de sus enseñanzas en la vida diaria. Con una estructura clara y accesible, “Buda: Luz en el Camino” ofrece una guía completa para comprender y aplicar las enseñanzas de Buda, proporcionando herramientas para alcanzar una vida plena y compasiva.

Atentamente;

Dr. Jorge Fyrmark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Índice general

Introducción	9
I: La vida y obra de Buda	12
II: Historia del budismo.....	17
III: Forma y virtudes de buda	29
IV: Enseñanzas de Buda	31
V: El camino de la práctica	60
VI: Las Prácticas del Camino	70
VII: El Camino de la Fe.....	80
VIII: La última enseñanza de Buda.....	85
Consideraciones finales	87
Anexos: Glosario Sánscrito	93
Referencias.....	101

Introducción

El budismo, una de las tradiciones espirituales más antiguas y profundas de la humanidad, ha influido profundamente en las vidas de millones de personas a lo largo de los siglos. Esta obra, “Buda: Luz en el Camino” nos invita a sumergirnos en la vida, enseñanzas y legado del Buda histórico, Siddharta Gautama, también conocido como Sakyamuni.

En una época marcada por la búsqueda de sentido y propósito, el viaje del príncipe Siddharta desde los lujos de su vida palaciega hasta la iluminación bajo el árbol Bodhi ofrece lecciones atemporales de sabiduría, compasión y autodescubrimiento. Su transformación en Buda, “El Iluminado”, y sus enseñanzas sobre las Cuatro Nobles Verdades y el Noble Óctuple Sendero han proporcionado un camino hacia la liberación del sufrimiento y la realización espiritual.

La Rueda del Dharma, traducción del sánscrito “Dharma-cakra”, simboliza la enseñanza de Buda, que se propaga continuamente y sin fin, al igual que una rueda de carreta en constante movimiento. Los ocho rayos de esta rueda representan los Ocho Nobles Caminos del budismo, fundamentales para la práctica budista. Estos caminos incluyen la Visión Correcta (Samma ditthi), que implica la comprensión de las Cuatro

Nobles Verdades y la naturaleza de la realidad; la Intención Correcta (Samma sankappa), que promueve una actitud libre de deseos, odio y crueldad, y orientada hacia la renuncia y la benevolencia; y la Palabra Correcta (Samma vaca), que aconseja hablar de manera veraz, amable y útil, evitando la mentira y el lenguaje dañino (Gethin, 1998; Harvey, 2013).

Además, los Ocho Nobles Caminos abarcan la Acción Correcta (Samma kammanta), que se refiere a comportarse de manera ética y moral; los Medios de Vida Correctos (Samma ajiva), que buscan ganarse la vida éticamente; el Esfuerzo Correcto (Samma vayama), que implica desarrollar y mantener estados mentales positivos; la Atención Correcta (Samma sati), que fomenta una observación clara y objetiva del cuerpo y la mente; y la Concentración Correcta (Samma samadhi), que se logra a través de la meditación profunda. Estos elementos no son pasos secuenciales, sino prácticas interdependientes que se apoyan mutuamente en el camino hacia la iluminación (Gethin, 1998; Harvey, 2013; Rahula, 1959).

Este libro no solo explora la biografía de Buda, sino que también traza el desarrollo histórico del budismo desde su origen en la India hasta su expansión por Asia Central, China y Japón. A través de un análisis detallado y accesible, el autor nos ofrece una visión completa de cómo las enseñanzas de Buda se han adaptado y florecido en diversas culturas y épocas.

Además, “Buda: Luz en el Camino” aborda la profunda esencia del Dharma, desglosando conceptos fundamentales como la impermanencia, el desapego y la naturaleza del sufrimiento. A través de las fábulas y parábolas de Buda, se ilustran las leccio-

nes morales y espirituales que siguen siendo relevantes en nuestro mundo contemporáneo.

Al adentrarnos en este viaje de descubrimiento, es esencial recordar que las enseñanzas de Buda no son meras doctrinas filosóficas, sino guías prácticas para vivir una vida plena y compasiva. La práctica del Noble Óctuple Sendero, con sus énfasis en la conducta ética, la meditación y la sabiduría, nos muestra un camino hacia la armonía interior y la paz externa.

Invitamos al lector a abrir su mente y su corazón mientras explora las páginas de esta obra. Que las enseñanzas de Buda iluminen su camino, ofreciendo claridad en momentos de oscuridad y guía en tiempos de incertidumbre.

I

La vida y obra de Buda

En las faldas sureñas del Himalaya, a orillas del río Rohini, se encontraba la ciudad fortificada de Kapilavastu, capital del reino de los Sakyas. El Rey Suddhodana Gautama, que heredara la sangre pura de sus nobles antepasados, gobernaba sabiamente, siendo aclamado con júbilo por el pueblo. Su esposa, la Reina Maya, era hija del soberano del castillo Devadaha de la familia Koliya, perteneciente al clan de los Sakyas. El Rey y la Reina eran primos (Smith, 2001, p. 58). Habían pasado 20 años desde su matrimonio, pero todavía no habían sido bendecidos con un hijo. Una noche, la reina mientras dormía soñó que un elefante blanco penetraba en su vientre por el flanco derecho y quedó embarazada. La familia real y el pueblo esperaban con ansias el nacimiento del infante. La Reina Maya, en el décimo mes lunar, según la costumbre de su país, se dirigió a casa de sus padres para dar a luz. A mitad del camino hicieron alto en el parque Lumbini para descansar (Conze, 1993, p. 102).

El sol de primavera inundaba todos los rincones, y los árboles de asoka lucían bellas flores de un perfume encantador. La reina alargó su mano derecha para coger una rama, y en ese instante

dio a luz. El cielo y la tierra elevaron voces de júbilo para felicitar a la madre y al recién nacido. Era el día 8 de abril (Nakamura, 2005, p. 87). La alegría del Rey Suddhodana era indescriptible y le puso como nombre al niño, Siddharta, que significa “el cumplimiento de todos los deseos” (Sangharakshita, 1995, p. 45).

Sin embargo, a la par de esta alegría había también tristezas. Al poco tiempo la Reina Maya dejó de existir. Desde entonces, Prajapati, la hermana menor de la Reina Maya, se encargó de cuidar al príncipe (Davids, 2003, p. 119). Por aquellos tiempos, un ermitaño llamado Asita, que hacía sus meditaciones en la montaña, se percató de la extraña radiación que emanaba el castillo y se dirigió a él. Viendo al príncipe, pronosticó: “Si el niño permanece en el castillo hasta su edad madura, llegará a ser un gran rey que dominará los cuatro mares, y si entra en la vida religiosa, será el Buda que salvará al mundo” (Bapat, 1987, p. 73).

Al principio, el rey se alegró enormemente al escuchar este pronóstico, pero luego se entristeció pensando en la posibilidad de perder al hijo si este entrara en la vida religiosa (Gethin, 1998, p. 210). A los siete años, el príncipe comenzó a estudiar el arte de las letras y de la guerra. Un día de primavera, en ocasión de una fiesta de la siembra, salió al campo acompañando a su padre. Contemplando cómo el agricultor labraba la tierra, vio que un pequeño pájaro se llevaba en su pico el pequeño insecto que había quedado prendido del arado al ser removida la tierra. “¡Pobres!, las criaturas vivas se comen unas a las otras”. Diciendo esto se sentó solo bajo un árbol a meditar (Strong, 2009, p. 134).

La pérdida de su madre al poco tiempo de nacer y ahora este espectáculo de las criaturas que se comen entre sí, fueron

grabando en el corazón del príncipe, desde temprana edad, los sufrimientos de la vida. Y como una herida hecha en un tierno árbol, que crece día a día, sumía cada vez más al príncipe en un profundo pensar (Harvey, 2013).

El rey, preocupado por el estado del príncipe y del pronóstico del ermitaño, trató de animar el espíritu del hijo por todos los medios. A la edad de 19 años, decidió casarlo y eligió como esposa a la princesa Yashodhara, hija de Suprabuddha, señor del castillo de Devadaha, que era también hermano de la fallecida Reina Maya (Keown, 1996). Durante los siguientes 10 años, aunque llevaba una vida de alegría, rodeado de danzas y música en los diferentes pabellones de primavera, de otoño y de la época de lluvia, el príncipe no dejaba de sumergirse en profunda meditación para comprender el verdadero significado de la vida (Williams, 2009).

El lujo de la corte, este cuerpo sano, esta juventud que todos admiran, a fin de cuentas, ¿qué sentido tienen para mí? El hombre enferma y con el tiempo envejece. La muerte es ineludible. Desde entonces se le conoce al príncipe con diferentes nombres como Buda, El Perfecto Iluminado, El Honrado del Mundo, Sakyamuni, El Gran Sabio de los Sakyas, y otros (Gombrich, 2009). Primeramente fue a Mrigadava en Varanasi, donde vivían los cinco religiosos que le sirvieron en los seis años de ascetismo, para explicarles el camino. Luego entró en el castillo de Rajagriha y predicó el camino al rey Bimbisara, e hizo de este lugar la base para propagar su enseñanza (Harvey, 2013). Los hombres se reunieron alrededor de él como el sediento busca el agua y como el hambriento el alimento. Más de 2 mil discí-

pulos, entre ellos los grandes maestros Sariputa y Maggalana, creyeron en él y se convirtieron (Davids, 2003).

Así siguió durante 45 años los viajes de predicación y llegó a cumplir los 80 años. En el camino de Rajagaha a Savatti, en la ciudad de Vasali, cayó enfermo y predijo que a los 3 meses entraría en el Nirvana¹. Continuó el viaje y al llegar a Pava recibió de Cunda, el herrero, una ofrenda de alimento que le hizo mal, y empeoró (Nyanaponika, 1998). Soportando el dolor entró en Kusinara. No obstante la debilidad se dirigió al bosque de salas que se encontraba en las afueras del castillo y se recostó entre dos grandes árboles de sala. Enseñó con amor a sus discípulos, predicó hasta el último momento, y concluyendo su misión como Buda, el Gran Maestro del Mundo, entró, en completa tranquilidad, en el Nirvana (Ruegg, 1989).

Siguiendo las indicaciones de Ananda, el discípulo preferido de Buda, los hombres de Kusinagara incineraron los restos entre lágrimas de tristeza. Siete Reyes de las comarcas cercanas y el Rey Ajatasarthu, exigieron la repartición de los huesos de Buda. Los hombres de Kusinagara rehusaron esta petición debido a lo cual se armó una pelea entre ellos. Pero por advertencia del Sabio Drona, fueron los huesos repartidos en ocho partes. Otro jefe recibió el vaso de barro que había contenido los restos y otro las cenizas de la pira utilizada para la cremación (Gombrich, 2009). Diez grandes torres fueron edificadas en memoria

1 Nirvāna (Perfecta tranquilidad) Literalmente significa “que no sopla”, “extinguido”. Este es un estado en que todas las pasiones e impurezas humanas han sido extinguidas completamente mediante ciertas prácticas y meditaciones basadas en la correcta sabiduría. Se les llama Budas a los que han alcanzado este estado. Gautama Siddhārtha alcanzó este estado y llegó a ser Buda a los 35 años. Sin embargo, se cree ahora que solo se puede alcanzar este estado de perfecta tranquilidad después de fallecer, porque las impurezas humanas seguirán acumulándose mientras el cuerpo físico exista (Conze, 1993; Armstrong, 2004).

de Buda para custodiar sus restos. El legado de Buda, tanto en sus enseñanzas como en sus reliquias, continúa siendo una fuente de inspiración espiritual para millones de personas en todo el mundo (Smith, 2001).

II

Historia del budismo

India

El budismo fue uno de los hechos más trascendentales en la historia espiritual de la humanidad. La “Luz de Asia” fue encendida en la parte central de la India y comenzó a brillar con todo su esplendor. Desde entonces, el manantial de la Gran Sabiduría y la Misericordia ha venido enriqueciendo el alma de los asiáticos a través de los siglos. Gautama Buda, que es adorado por sus seguidores como el Sakyamuni, o sea, “El Gran Sabio de la familia Sakya”, abandonó su hogar y, mendigando, se dirigió hacia el sur hasta Magadha, donde por fin alcanzó la Iluminación, al pie de un árbol de tilo. Se estima que esto aconteció a mediados del siglo quinto antes de Cristo. Desde entonces hasta su Gran Muerte, por la que entró en el Nirvana, siguió predicando las Enseñanzas de la Sabiduría y la Misericordia durante cuarenta y cinco años (Gethin, 1998).

Como resultado de su predicación, a fines del mismo siglo, se habían edificado grandes templos budistas por todos los reinos y tribus de la India Central. Durante la época del rey Asoka (reinado 268-232 a. C.), el tercer monarca de la dinastía Maur-

ya, las enseñanzas de Gautama Buda se extendieron por toda la India y tuvieron la oportunidad de propagarse a zonas distantes fuera de las fronteras. Maurya fue la primera dinastía consolidada de toda la India. En el tiempo de su primer rey, Candragupta (reinado alrededor de 317-293 a. C.), el territorio del reino se extendía desde la cordillera del Himalaya al norte, el golfo de Bengala al este, las montañas de Hindu Kush al oeste y las montañas de Vindhya al sur (Conze, 1993; López, 2004).

El rey Asoka extendió sus dominios hasta la meseta de Decán, conquistando Kalinga y otros reinos. Asoka era colérico de naturaleza y la gente lo llamaba Chāndasoka (Asoka, el temible), pero después de ver los desastres de la guerra en la conquista de Kalinga, cambió completamente de carácter y se convirtió en un fiel creyente de las Enseñanzas de la Sabiduría y la Misericordia. A partir de entonces, este rey realizó muchas obras como creyente de Buda; entre ellas, las dos siguientes merecen especial atención. La primera es el “Edicto de Asoka”. El rey hizo grabar los conceptos administrativos basados en las Enseñanzas de Buda en grandes pilares de piedra o en paredes de roca pulidas de todas las regiones de su reino (Groner, 2002; Nattier, 2003).

Con ello, Asoka logró difundir el budismo por toda la India. Luego, mandó misioneros a los pueblos de todas las direcciones fuera de su reino para propagar las enseñanzas de la Sabiduría y de la Misericordia. Debe mencionarse el hecho de que entre estas misiones, algunas fueron enviadas a lugares muy distantes como Siria, Egipto, Cirene, Macedonia y Epiro, transmitiendo el budismo hasta el mundo occidental. Mahinda, el enviado a

Sri Lanka, tuvo éxito en “establecer la hermosa enseñanza en la hermosa isla de Lankadvipa” y así estableció el punto de partida de la propagación hacia el sur de las enseñanzas de Buda (Williams, 2009; Zürcher, 2007).

Comienzos del Budismo Mahayana

Los budistas de años posteriores usan la expresión “movimiento hacia el este” para hablar de la dirección de la propagación del budismo. Sin embargo, en los siglos anteriores a la era cristiana, evidentemente la “cara” del budismo miraba hacia el oeste. Fue solamente un poco antes o después del comienzo de la era, cuando esta “cara” del budismo se volvió hacia el este. Antes de referirnos a este hecho, debemos hablar del gran cambio que empezaba a operarse dentro del budismo: la aparición de una “nueva ola” llamada Mahayana o “Budismo de la Gran Balsa” (López, 2004).

¿Cuándo, cómo y quiénes originaron esta “nueva ola”?

Nadie puede dar una respuesta definitiva. Lo único que podemos decir es, primeramente, que esta tendencia debió nacer del pensamiento de la escuela Mahāsamghika (“los de la Gran Asamblea”), elaborada por los monjes progresistas. Segundo, que ya existían algunos de los más importantes elementos del Budismo de la Gran Balsa en los escritos de uno o dos siglos antes y de un siglo después de la era Cristiana. Luego, con la destacada actividad filosófica de Nāgārjuna basada sobre los sutras preexistentes del Mahayana, el Budismo de la Gran Balsa se presentó claramente en el primer plano del escenario de la historia del budismo (Conze, 1993; Williams, 2009).

El papel que desempeñó el Budismo de la Gran Balsa dentro de la historia del budismo ha sido muy grande. El budismo de China y Japón, en casi toda su historia, ha estado bajo la influencia de las Enseñanzas del Budismo de la Gran Balsa. Esto no es nada de extrañar, puesto que presentaba a las masas un nuevo ideal de salvación y lo mostraba encarnado en santos vivientes bajo la forma de Bodhisattvas. Realmente fueron maravillosos los resultados intelectuales obtenidos en el campo de la metafísica y de la psicología por los pensadores del Budismo Mahayana, en el esfuerzo de sostener y profundizar estas ideas (Groner, 2002).

Así, muchos nuevos afluentes fueron desembocando en la corriente de las Enseñanzas de la Sabiduría y la Misericordia predicadas por Gautama Buda. Con estos nuevos aportes, el budismo se llenó de ardor y energía, y como un río caudaloso, vino a enriquecer a todas las naciones del este. La aparición del Mahayana, con su énfasis en la compasión y la sabiduría, ofreció una nueva visión que complementaba y expandía las enseñanzas originales de Buda, permitiendo una mayor adaptación cultural y filosófica en diversas regiones (Williams, 2009; Zürcher, 2007).

Asia Central

Los chinos supieron del budismo por el oeste. Por lo tanto, para hablar de la ruta por la que el budismo entró en China, tenemos que comenzar refiriéndonos al Camino de la Seda. Esta ruta comercial, que pasa por las zonas áridas y extensas del Asia Central y conecta el este con el oeste, se abrió en la época del rey Wu-ting de la dinastía Han (reinado 140-87 a. C.) a fines del siglo segundo antes de Cristo. En aquella época, los dominios de los Han se habían extendido mucho hacia el oeste. En Fergana, Sog-

diana, Tukhara y hasta en Partia, países con que China compartía sus fronteras, persistía todavía el gran espíritu mercantilista que Alejandro el Grande trajera a estas regiones (Liu, 2010).

Por esta antigua ruta, la seda desempeñaba el papel más importante como mercancía; de allí viene el nombre del “Camino de la Seda”. Un poco antes o después de la era cristiana, China e India comenzaron a tener contactos culturales por medio de esta ruta comercial. Así es que el Camino de la Seda se convirtió también en la ruta por la que se difundió el budismo. A medida que el budismo se propagaba a través de Asia Central, absorbía influencias culturales y filosóficas de las regiones por las que pasaba, lo que a su vez enriquecía las tradiciones locales y ayudaba a la adaptación del budismo en diferentes contextos culturales (López, 2004).

Los monasterios budistas a lo largo del Camino de la Seda se convirtieron en centros de aprendizaje y traducción, facilitando el intercambio de ideas entre culturas diversas. Este intercambio contribuyó significativamente a la evolución del pensamiento budista y a la creación de nuevas interpretaciones y escuelas dentro del budismo. Los relatos de los peregrinos chinos como Faxian y Xuanzang, que viajaron a la India para traer de vuelta textos sagrados, son testimonio de la vitalidad y el dinamismo de estas rutas comerciales y culturales (Liu, 2010; Nattier, 2003).

La China

La historia del budismo chino comenzó con la aceptación de los Sutras, escrituras budistas, y de sus traducciones. El más antiguo de ellos se creía que era el “Ssu-shih-êr-châng-ching” (Sutra en cuarenta y dos secciones dichas por Buda), una tra-

ducción hecha por Kāśyapamātanga y otros durante el período Ying-p'ing (58-76 d. C.) del rey Ming-ti. Hoy en día, se considera todo esto como un dato legendario poco fidedigno. Ahora la opinión más segura da crédito a An-shih-kao, que se dedicó a las traducciones en Loyang, alrededor de los años 148 a 171 d. C. A partir de entonces hasta la dinastía Sung del norte (960-1129 d. C.), continuaron los trabajos de traducción por cerca de mil años (Ch'en, 1964; López, 2004).

Durante los primeros años, los que desempeñaban el papel más importante en la introducción de las escrituras y en los trabajos de traducción eran los sacerdotes procedentes generalmente del Asia Central. Por ejemplo, el antes mencionado An-shih-kao venía de Partia; K'ang-sêng k'ai, que llegó a Loyang alrededor del siglo tercero y tradujo la Sukhāvativyūha (El libro de la Vida Infinita), provenía de la región de Samarcanda. Por otra parte, Chu-fa-hu, conocido como el traductor del "Saddharmapundarīka", vino de Tukhara y permaneció en Loyang o en Ch'ang-an desde fines del siglo tercero hasta principios del siglo cuarto (Ch'en, 1964; Groner, 2002).

Con la llegada de Kumarajiva, que vino de Kucha a principios del siglo quinto, los trabajos de traducción en China tuvieron su apogeo. Desde aquellos tiempos, comenzaron las actividades de los sacerdotes que visitaban la India en busca del camino y para aprender el sánscrito. El pionero de estos sacerdotes fue Faxian (339-420 d. C.). Dejó la ciudad de Ch'ang-an en 399 con rumbo a la India y regresó 15 años después. El más destacado de los sacerdotes que visitaron el extranjero fue Xuanzang (602-664 d. C.) que partió para la India en 627 y regresó a su patria en

645 después de 19 largos años (Groner, 2002; Zürcher, 2007) .

I-ching (635-713 d. C.) partió para la India por mar en 671 y regresó por la misma ruta 25 años más tarde. Estos sacerdotes visitaban la India para aprender el sánscrito, traer de vuelta las escrituras escogidas y dedicarse principalmente, después de regresar, a los trabajos de traducción. Especialmente la habilidad lingüística que Xuanzang demostró era deslumbrante y, por su enérgica labor, las traducciones de las escrituras al chino tuvieron su segundo apogeo. Los trabajos de los primeros tiempos hechos por los sacerdotes encabezados por Kumarajiva son llamados “Antiguas Traducciones”, y los realizados por Xuanzang y sus seguidores son llamados “Nuevas Traducciones” (Liu, 2010) .

Estos numerosos textos traducidos del sánscrito recibieron, poco a poco, a través de las orientaciones filosóficas y la actividad religiosa de los traductores, una fuerte coloración china. Fueron adaptados según las características, las necesidades y las exigencias del pueblo chino. Esto se manifiesta en la preferencia dada por los sacerdotes a la profundización de la doctrina del “Vacío”, presentada en los sutras de la Prajna (Sabiduría). Por eso, ellos dejaron el Hinayana, o sea, el Budismo de la Pequeña Balsa, para seguir exclusivamente el Mahayana, el Budismo de la Gran Balsa. Esta tendencia llegó a ser cada vez más notable en la secta Tendai y alcanzó su máximo tope con la aparición de la Secta del Zen (Ch'en, 1964; Conze, 1993) .

En la segunda mitad del siglo sexto, la Secta Tendai fue llevada a su perfección por Tendai Daishi, o sea, Chih-i (538-597), su tercer fundador. Era éste una de las figuras más destacadas del pensamiento budista y su obra “Los Ocho Períodos y las Ocho

Clases de la Enseñanza de Buda” tuvo una gran influencia sobre el budismo chino tanto como sobre el japonés, durante largos años. Si volvemos la vista hacia atrás, vemos que en China los Sutras fueron traídos sin fijarse en el orden cronológico de origen y se tradujeron a medida que llegaban. Por ser enorme el número de los Sutras, el problema consistió en cómo investigar su origen y hacer su evaluación (López, 2004; Zürcher, 2007).

Era preciso saber cómo apreciar el budismo en su totalidad y conocer claramente en qué ideas se apoyaba cada uno de los Sutras para su comprensión. Había muchos comentarios de los Sutras, por supuesto basados en el pensamiento chino, y de entre ellos el de Chih-i era el más sistemático, y, por ello mismo, mucho más persuasivo. Sin embargo, con la aparición de trabajos posteriores de estudios sobre el budismo, esta influencia dominante se terminó. En la historia del budismo en China, “el que vino último” fue el Zen. Se cree que el santo fundador de esta secta fue un Śramana extranjero, Bodhidharma (muerto en 528 d. C.), pero la semilla sembrada por él no floreció hasta el tiempo del sexto santo de la secta, Hui-neng (638-713 d. C.) (Ch'en, 1964; López, 2004).

Después del siglo octavo, dentro de esta secta surgieron sucesivamente en China muchos sacerdotes de gran talento, y el Zen tuvo varios siglos de prosperidad. En China, las Enseñanzas se basaban exclusivamente sobre los Sutras. Por esta razón, los chinos se esforzaron durante tanto tiempo para su traducción y transmisión. Sin embargo, los adictos de la Secta del Zen piensan que a ellos les fue transmitido el budismo sin escritos, y que fue impreso en sus corazones por el Buda mismo. Por eso,

dicen que ellos son los auténticos intérpretes del budismo. Hablan de la “auténtica Enseñanza de Buda” y de la “transmisión de las Enseñanzas sin depender de los escritos.” Al adentrarnos en el secreto de esta manera de pensar, vemos que existe allí la esencia universal del budismo pero adaptada a la mentalidad china (Zürcher, 2007; López, 2004).

El Japón

La historia del budismo en Japón comienza en el siglo sexto. En 538 d. C., el rey de Paikche (Corea) envió una misión a la corte del Emperador Kinmei para obsequiar una imagen de Buda y pergaminos de Sutras. Este fue el primer paso de la introducción del budismo en Japón. Desde entonces, han pasado 1.400 años. En esta larga historia, podemos distinguir tres etapas importantes. La primera comprende el budismo de los siglos séptimo y octavo, que nos ha dejado los templos de Hōryūji (607 d. C.) y Tōdaiji (752 d. C.), construidos en ese tiempo (Groner, 2002).

Al referirnos a esta época, no se puede pasar por alto el gran auge de la cultura en todo el Asia. Durante este período, mientras la civilización del oeste se encontraba encerrada en una profunda oscuridad, en el este existía un magnífico movimiento de asombrosa creatividad. En China, en el Asia Central, en la India y en los países del mar del Sur se desarrollaban con gran energía actividades intelectuales, religiosas y artísticas. Juntamente con estos movimientos, el budismo se extendía en el mundo del este con su caudalosa corriente de humanismo. El nuevo movimiento de la cultura japonesa, representado por las brillantes y gran-

diosas construcciones de Hōryūji y Tōdaiji, y también por otras variadas actividades artísticas y religiosas, nació bajo el influjo de la marea cultural que cubría la extensa área del Asia continental (Conze, 1993; López, 2004).

El pueblo japonés, que había vivido por tanto tiempo en un estado semicivilizado, se encontraba, de repente, bañado por una gran corriente de cultura. Con ello, pudo elaborar su propia civilización. Este ha sido el feliz destino predispuesto para el Japón de aquellos siglos. El budismo fue el principal responsable de esta repentina ebullición cultural. Los templos budistas se convirtieron en el centro de la cultura internacional, y los sacerdotes desempeñaban el papel de líderes de la clase intelectual. No era sólo el desarrollo de una religión, era una cultura integral la que florecía. Este era el verdadero aspecto del budismo cuando fue trasplantado al Japón en los siglos séptimo y octavo (Groner, 2002; Nattier, 2003).

En el siglo noveno, aparecieron en escena dos grandes sacerdotes, Saichō (Dengyō Daishi, 767-822) y Kūkai (Kōbō Daishi, 774-835) y fundaron dos sectas budistas que usualmente se conocen con el nombre de Budismo de la Era Heian. Esto significó el establecimiento de un budismo netamente japonés. Retornando a las “prácticas” que eran la fuente original del budismo, estos sacerdotes fundaron monasterios en el Monte Hiei y Monte Kōya, respectivamente. Durante los trescientos años después de su fundación hasta el Período Kamakura, estas dos sectas, Tendai y Shingon, prosperaron principalmente entre los aristócratas y en las Cortes Imperiales (Groner, 2002; Williams, 2009).

La segunda etapa puede centrarse en el budismo de los siglos doce y trece. En este período, aparecieron santos como Hōnen (1133-1212), Shinran (1173-1262), Dōgen (1200-1253) y Nichiren (1222-1282), los tres más grandes sacerdotes que tuvo Japón. Aún hoy en día, cuando se habla del budismo, es imposible olvidar a estos santos. ¿Por qué sólo en estos siglos surgieron sacerdotes tan eminentes? Existía ante ellos un problema común que resolver: había que reamoldar el budismo para los japoneses. ¿Entonces, por qué tuvo que ser en aquellos siglos, si el budismo había sido introducido varios siglos antes? Históricamente, es cierto que el budismo entró en los siglos sexto y séptimo, pero sólo poco a poco pudo ser asimilado y adaptado por los japoneses (Nattier, 2003; Williams, 2009).

El trasplante de una cultura lleva varios siglos de duro esfuerzo. La obra de asimilación comenzada en los siglos séptimo y octavo con la llegada de la primavera floreció de golpe. Este fue el trabajo de algunos sacerdotes de los siglos doce y trece. Desde entonces, el budismo japonés, basado en los fuertes cimientos puestos por estos prominentes sacerdotes, se ha mantenido hasta nuestros días. A partir de este período, el sol no ha vuelto a brillar sobre la historia del budismo en Japón. Sin embargo, existe otro hecho en la historia que merece enfocarse: es el resultado de los estudios sobre el budismo primitivo desarrollados en Japón en la edad moderna (Ch'en, 1964; López, 2004).

Desde el tiempo de la introducción del budismo, en Japón prácticamente ha dominado siempre el Budismo Mahayana por estar bajo influencia de la corriente china. Especialmente después de la aparición de los grandes maestros de los siglos doce

y trece, las Enseñanzas Mahayanistas junto a la doctrina de los fundadores de las sectas formaron el centro principal de los estudios y de la práctica. Esto ha continuado hasta nuestros días. En Japón, el estudio del budismo primitivo comenzó aproximadamente en la segunda mitad de la Era de Meiji. La figura de Gautama Buda reapareció vívidamente ante todos aquellos que habían olvidado la existencia del Gran Maestro de las Enseñanzas, pensando sólo en los fundadores de las sectas (Groner, 2002; Zürcher, 2007).

En el sentido anterior, fueron descubiertos los velos que ocultaban las sistemáticas Enseñanzas de Buda, ante aquellos que no veían más que las doctrinas Mahayanistas. Estas nuevas orientaciones todavía se mantienen dentro de la esfera de los académicos, y no son tan grandes como para despertar un nuevo entusiasmo religioso. Sin embargo, es evidente que en el pueblo japonés, los conocimientos acerca del budismo están tomando nuevos rumbos. Todo esto es motivo suficiente para hablar de una tercera etapa en la historia del budismo en Japón. En resumen, la historia del budismo en Japón refleja una rica herencia de adaptaciones y transformaciones que han permitido que esta tradición florezca y evolucione a lo largo de los siglos (Nattier, 2003; Williams, 2009).

III

Forma y virtudes de buda

Te invitamos a comprar el libro en AMAZON para culminar con su lectura